

Selección de HIPERBREVES de Eva Mar Santurio

Una montaña y un agujero se enamoraron. La montaña, con un gran esfuerzo, formó una avalancha y tapó al agujero como demostración de su amor. Desde aquel día son una llanura aburrida y solitaria.



El camino era largo. Como tenía prisa, cogió un automóvil y llegó demasiado pronto a su destino. Tuvo que esperar a todos los demás, que tardaron años en llegar para contarle las maravillas de su lento viaje.



Nada que te nada, llegó hasta el cristal y, por un segundo, comprendió que estaba enjaulado. Esta idea le angustió tantísimo que enseguida se dio media vuelta y, por su propia supervivencia, se olvidó de que vivía dentro de un acuario.



“Habemus pater”, manifestó el niño, nada más nacer, al ver a su padre asomar sonriente por el agujero.



Tres grandes manchas de sangre sobre la colcha le hicieron temer lo peor. Y, efectivamente, no las pudo sacar ni con lejía.



Vivía en un cuento de hadas: era la bruja malvada.



Los padre-gusano quisieron que su hijo fuera mariposa. Le tejieron la más bella crisálida y lo dejaron dormir el sueño de la maduración. Cuando la mariposa salió a la luz y vio a aquellos feos gusanos, echó a volar lo mas lejos posible. Los padre-gusano, que nunca habían aprendido a llorar, montaron una fábrica de seda. Era una inversión más rentable.



Yo ser perro treinta años. Ser perro decir madre, ser perro decir padre. Yo ser perro: cuatro patas. Nunca perro de pie. Perro bueno no hablar. Silencio en esquina. Yo perro bueno. Nunca hablar. Perro oír. Oír padre, oír madre. Oír familia en casa. Yo silencio. En esquina. Madre comida en mañana. Abrir puerta, dar comida. Perro bueno no decir nada: comer. Madre cerrar puerta. Todo oscuro. Luz ventana. Ventana alta. Perro bueno no mirar ventana. Ser perro: cuatro patas. Perro no de pie. Padre pegar perro malo. No comer perro malo.

Ahora, doctores, llevar madre, llevar padre. Doctores abrir puerta, sacar perro. Doctores decir yo ser humano. Humano no cuatro patas, humano de pie. Humano bueno hablar. No pegar humano bueno. Doctores sacar, dar comida. Mucha luz, muchas ventanas. Y perro tener miedo. Miedo luz. Miedo gente. Perro querer madre, querer padre. Ahora familia cuarto oscuro. Perro solo. No oír familia en casa. No madre abrir puerta, dar comida. Ahora doctores dar comida. Decir ser humano. Doctores tocar perro, levantar perro, hablar perro.

Doctores levantar perro y perro no levantar. Perro bueno: silencio en esquina, cuatro patas. Doctores no entender. Madre decir perro, padre decir perro... treinta años. Yo ser perro treinta años. Perro no ser humano. Ya no.



Míster Libro fue educado en los mejores premios, comió de los diccionarios más prestigiosos y se vistió con las más vistosas ilustraciones. En una cena de gala conoció a Miss Revista, una escritura cualquiera, algo manoseada por el respetable. Se casaron. Tuvieron unos cuantos best-seller de híper y ella murió por tanto desgaste en el parto. En su memoria, Míster Libro presionó a su último hijo para que recuperara al estatus y el prestigio que les habían negado con anterioridad. El muchacho se tomó el encargo al pie de la letra y violó a la dulce Nobel una tarde fría de otoño. Las autoridades literarias investigaron el caso y, como los consideraron culpables, condenaron a toda la familia a cadena perpetua en el corredor del olvido histórico.



Aprendió a escribir morse con su pene y redactaba largas cartas de amor en el interior de su amante. Ella le respondía leyendo braille con sus uñas sobre su espalda. Estaban realmente compenetrados.



Su casa tenía dos tejados: uno para él, uno para ella. Su puerta tenía dos zócalos: uno para él, uno para ella. Su cama tenía dos colchones: uno para él, uno para ella. Su matrimonio tenía dos amantes: uno para él, uno para ella. Estéticamente, su vida no era perfecta, pero ellos se sentían equilibrados en su dual mundo de imposturas.



Todas las mañanas, la estatua del miembro fundador del pueblo amanecía sin su bastón de mando. Esto exasperaba a la autoridad competente que, cada tarde, volvía a recolocar un bastón nuevo para restablecer el orden. Fue así años y años. Tantos, que el suceso se convirtió en costumbre y la economía del lugar pasó a sustentarse sobre el fundido diario de bastones. Una mañana, la estatua del miembro fundador de la mega-ciudad despertó con el bastón de mando en su sitio. Esto exasperó aún más a la autoridad competente que, ante la desaparición del ladrón, tuvo que encargarse ella también de reemplazarle en su labor nocturna.



Los esmirílions se movían ágiles como serpientes, su cuerpo tenía la apariencia de un lagarto gigante, su boca era de hipopótamo y sus manos delanteras se asemejaban terriblemente a las humanas. Descubrí al esmirílion en uno de mis múltiples viajes por el mundo. Reinaba en una isla desierta que pronto se vio atestada de turistas que querían conocer al esmirílion, ese ser nunca antes visto. Yo fundé un hotel en la playa que terminó transformándose en ciudad porque miles de personas comprendieron la importancia de mi descubrimiento y dejaron sus respectivos países para mudarse a mi próspera isla. Al poco, me convertí en un hombre muy rico gracias a los esmirílions. Lo único que hacía tambalear mi estable negocio era que a los esmirílions, de vez en cuando, les daba por engullir a algún visitante como quien traga un caramelo. Por eso tuve que sacarlos de su selva y llevármelos a un recinto cerrado. No a todos, ya que los esmirílions eran muchos y no entraban en ninguna parte. Al resto, como no pude traerlos conmigo, los maté en una serie de cacerías por las que los excéntricos multimillonarios me pagaban escandalosas cantidades de dinero. Quién iba a saber que los esmirílions eran capaces de extrañar su tierra y dejarse morir de añoranza. Fueron cayendo, uno a uno y, cuando me acercaba a contemplar su lenta agonía, me miraban con sus ojos sabios y grises de animal enjaulado. Al extinguirse el último esmirílion, el más grande e inteligente de todos (quizá el rey ya sin reino de los esmirílions) los turistas desaparecieron rápidamente y, junto a ellos, los

millonarios, los que alquilaban las tumbonas, los heladeros, los vendedores de souvenirs, los trabajadores eventuales, recepcionistas, conductores de autobús, guardas forestales, pedigüeños... Hasta que me quedé solo. Hoy en día, que ya no existen los esmirílions, he vuelto a recorrer mundo dando conferencias a petición de aquellos a los que les hubiera gustado conocer esa raza tan especial de animales y que ahora, por extraño que parezca, se conforman con mis míseras charlas y diapositivas.

Eva Mar Santurio, 35 años, filóloga. Con 11 años se presentó a su primer concurso (que quedó desierto por no presentarse nadie más). Al no percibir que esto era una señal, se siguió presentando a algún que otro concurso (ya sin demasiada fe). Quedó 2 veces finalista del *Asturias Joven de narrativa*, estrenó 2 obras de teatro y publicó algún relato (que las revistas solían cortar por razones desconocidas). Así que, hoy en día, antes de que nadie le recorte sus escritos, se dedica al hiperbreve.